CAPÍTULO XXX. *De la muerte de un niño que en estos primeros tiempos fue martirizado de su proprio padre porque le reprehendía la idolatría y embriaguez*

A SABEMOS POR LO DICHO EN EL LIBRO de las poblaciones cómo en Tlaxcalla había cuatro cabeceras o señoríos principales, a los cuales se reducía toda la provincia, y los hay el día de hoy, los cuales les han sucedido por herencia, aunque no con la autoridad y majestad que entonces tenían. Demás destos cuatro había segundariamente otros muchos principales señores y muchos de ellos que tenían muchos vasallos. Unos déstos llamado Acxotecatl, que tenía su señorío y casa en Atlyhuetza, legua y media de la cabecera y ciudad de Tlaxcalla, tenía sesenta mujeres, y de las más principales de ellas, que eran señoras, tenía cuatro hijos. Los tres déstos fueron enviados al monasterio de Tlaxcalla cuando se recogieron los niños hijos de señores para ser enseñados de los religiosos, como arriba se dijo. El mayor y más bonito, y que él más amaba, dejólo en su casa escondido por no darlo a la iglesia, recelando alguna desgracia que por él viniese (que por esto encubrían los señores sus hijos y en lugar de ellos enviaban criados suyos, fingiendo ser los proprios hijos); pasados algunos días que ya los niños del monasterio iban descubriendo los secretos, así de idolatrías como de otros niños que sus padres tenían escondidos, aquellos tres hermanos dijeron a los frailes cómo su padre tenía escondido en su casa un hermano suyo mayor que ellos. Lo cual sabido por los religiosos, pidiéronlo a su padre y, por haberse sabido, no pudo hacer menos que darlo, y no tanto por el respeto del ministro que lo pedía, cuanto por el temor y miedo del capitán (que así llamaban entonces los indios a don Fernando Cortés), porque había mandado debajo de graves penas que todos entregasen los hijos a los religiosos y hiciesen lo que les mandasen. Sería de edad de doce a trece años cuando lo entregó al cristianismo. Este muchacho, como lo quería Dios para su gloria, por medio de la cruel muerte que en breve le dio su padre, inclinóle a que en muy poco tiempo supiese la doctrina cristiana que era por la que había de morir y por la que había de merecer la compañía de los otros que en su defensa y confesión han muerto. Estando (pues) suficientemente instruido en las cosas de la fe pidió el baptismo y se lo dieron, y en él se llamó Cristóbal. Si de los principios se suelen pronosticar los fines, no es mal pronóstico, para este niño, el nombre de Cristóbal, pues por Cristo y por su fe ha de ser uno de los que entran en la gloria por mostrarse su defensor.

De Platón, se dice, que siendo niño se le entró un enjambre de avejas en la boca, y deste hecho pronosticaron su sabiduría y la dulzura de su elocuencia. Lo mismo afirma Volaterrano del glorioso doctor San Ambrosio. Del nombre del excelentísimo precursor San Juan (que quiere decir gracia) sabemos la que Dios le comunicó, pues fue santificado en el vientre de su madre; y éste anunció al mundo después, cuando hombre, predicando la

que traía Cristo nuestro señor para la salud de los hombres. De manera que de los principios de las cosas suelen pronosticarse los fines de ellas. Pues según esto bien podemos conjeturar que deste nombre Cristóbal, puesto en el baptismo a este niño, es porque después a los fines de su vida, ha de ser de Cristo, a quien tuvo por su valedor. Después de baptizado Cristóbal diose a la doctrina y enseñanza de la fe cristiana con muchas ventajas, y descubríase y traslucíase más en él que en otros de su mismo tiempo por ser hijo de mayor señor que otros, que no lo eran tanto (que siempre en éstos, así como más públicos, son más transparentes en todo), y de lo que oía y se enseñaba en la casa de Dios (que así han llamado estas gentes y llaman siempre a las iglesias y monasterios) comenzó luego a enseñar a los criados y vasallos de su padre, y al mismo padre decía que dejase los ídolos y los pecados pasados, en especial el de la embriaguez, porque ya era tiempo que conociese que los ídolos eran figura de los demonios y la embriaguez y borrachera muy gran pecado, y que llamase a Dios del cielo, el cual sólo es señor nuestro y piadoso que le perdonaría, y conociese el error en que hasta entonces todos habían estado: como era muy gran verdad, y así lo enseñaban los padres, que sirven a Dios y enseñan la verdadera fe.

No hay corazón niño cuando Dios es el maestro, y los que parecen pequeños en edad, son muy hombres en el juicio, si Dios es la luz que los guía y ampara. ¿Quién dirá que en tan pocos años, como nuestro Cristóbal tiene, ha de haber graves y tan consideradas razones? ¿Y que en tan pocas palabras incluía un misterio tan grande, como el de nuestra fe? Porque predicar que nuestro Dios es el verdadero y confesar que el demonio no lo es, ni acertada su adoración, ésta es toda la substancia de la ley; porque deste conocimiento y primer principio se deducen y derivan todas las otras cosas concernientes a éstas; y esto no cabe en poco juicio, ni tampoco en mucho, si no es alumbrado dese mismo Dios. Y si Dios es el autor y maestro, la poca edad es mucha, pues para el poder de Dios no hay años sino sola voluntad con que en todas edades obra sus maravillas. Y aquí vemos otra no menor que se verifica en padre y hijo, que siendo el padre viejo y el hijo niño, el niño rige al viejo; alumbrado de Dios adestraba nuestro niño Cristóbal al deslumbrado y ciego viejo de su padre que andaba en las tinieblas de la idolatría, palpando la maldad de los ídolos falsos que adoraba. El padre deste niño era un indio de los más encarnizados en guerras y envejecido en maldades de los de su tiempo, y sus manos llenas de sangre y homicidios (según después pareció); y así las amonestaciones del hijo no hacían mella, ni señal en sus duras entrañas, ni pudieron poco ni mucho ablandar su empedernido y duro corazón, sino que después de oídas todas estas santas y necesarias amonestaciones se quedaba más seco y duro que un guijarro, semejante a faraón, que a las voces de Dios por su capitán y caudillo Moysén, no sólo no atendía ni las ejecutaba, sino que cada día endurecía más su corazón y se empeoraba.

Una costumbre de muchos años hace a un hombre duro y pertinaz en sus obras, porque como dice el Filósofo, la costumbre es otra naturaleza,

la cual se engendra de muchos actos, los cuales actos tejen, como hilos tramados en tela, un hábito de que se viste el hombre, así en bien como en mal, tan estrecha y apretadamente que con dificultad se desnuda dél. Este hábito se va tejiendo las más veces desde la puericia y niñez. Porque cosa llana es, y certísima, que si vemos en los mayores años cometer los hombres cosas indígnas del estado que profesan y aun de la naturaleza que tienen, no hemos de pensar les vino aquel mal de ayer acá, que de lejos lo traen. Porque el hombre adulto y grande que sólo se ocupa en hacer mal, no es porque el mal que comete es bien apetecible de la razón, sino porque sigue la costumbre mala que tiene en cometerle, y este mal uso viene de otra edad más tierna y por eso parece cosa imposible que a uno que no sabe hacer bien, sino siempre mal, le queramos reducir a buenas costumbres habiéndose envejecido en males, porque para esto es necesario comenzar en los primeros principios. El papagayo viejo (dice Apuleyo)[1] no vale nada para ser enseñado. La causa es porque esta ave, cuando nuevecita y tierna deprende cualquier cosa, mas pasados uno u dos años, dicen los naturales que por mucho que se cansen con él, nunca se le pega;[2] y si acaso toma algunas palabras son tan pocas que no entran en gracia y presto las olvida, y sin que ellos lo digan lo hemos visto y experimentado en estas tierras de la Nueva España, donde hay tantos y de tantas maneras. Lo mismo refiere Plinio,[3] de ciertas picazas que se crían en la India, las cuales afirma ser dóciles los dos primeros años solamente, en los cuales deprenden parlar, cantar y remedar a otros pájaros; pero pasada esta ocasión, son como los papagayos dichos.

El que quiere ver bien logrados sus años ha los de ir cultivando como planta nueva desde los principios, porque entonces (como dice discretamente Quintiliano)[4] son más dóciles los ingenios antes que lleguen a edad de endurecerse; porque como tiene desocupada la imaginación de nuevas y viejas fantasías, en todo prenden, como tienen los humores delgados, a todo se hacen; y como tienen la voluntad fácil con todo salen, a todo se habitúan, a todo se pegan, no sólo con brevedad sino con grandísima perfección, como lo escribe Séneca[5] a su amigo Lucilo. Pues si desta edad discrepa y pasa a otra mayor y más cumplida de tiempo y días, no sólo es dificultoso desquiciarlo del mal que hace; pero aun se verifica en él que los pecados que comete ya no los peca con vicio y deleitación particular que a ello lo incite y mueva, sino con sólo uso que de pecar y de cometer semejantes maldades tiene, como lo dijo el pacientísimo Job,[6] por estas palabras: bebe como agua la maldad, porque el agua de suyo ni tiene sabor ni dulzor; y así quiere decir: así como el que bebe agua que ni tiene sabor ni dulzor, sino sólo por costumbre que tiene de beber, así, ni más ni menos, el pecador allegado a estado tan depravado y malo que sólo por mala cos-

[1] Apule. lib. 2. floridorum.
[2] Solin. Poli. Hist. cap. 65.
[3] Plin. Nat. Hist. lib. 10. cap. 24.
[4] Quint. lib. 1. Instit. Orat. cap. 12.
[5] Senec. lib. 19 Epist. 109.
[6] Iob. 15.

tumbre que tiene de pecar, peca, no llevado de ningún deleite ni intento particular, sin moverse por ningún particular interés que en aquel pecado tenga, sino sólo el que tiene de costumbre de pecar; y hállanse los semejantes tan apartados de la virtud, y tan desabituados de su sabor y dulzura, que si conocieran que el pecado que cometen era virtud loable, y cosa buena, dejaran de cometerle, por solo vicio de pecar.

De esta manera y en este miserable estado estaba Acxotecatl, padre del niño Cristóbal, envejecido en la potación del vino, acostumbrado en idolatrar y muy ejercitado en guerras, y con el vicio antiguo de todas estas cosas no atendía a la verdad de lo que su hijo le enseñaba y procuraba sentar en su falso y desleal corazón. Y viendo el celoso niño que no aprovechaban palabras, en topando algunos ídolos, ora fuesen de su padre, ora de sus vasallos, luego los desmenuzaba; y también quebraba las tinajas y vasijas en que tenía el vino porque siempre lo bebían para embeodarse y perder el juicio; porque acostumbraban que aunque tuviesen tres o cuatro cántaros de vino, todo lo habían de acabar en una noche, porque no cesaban de beber hasta caer y quedar borrachos, trasegando el vino de las tinajas o cántaras en sus proprios cueros. De esto que el mozo Cristóbal hacía se agraviaban los criados de su casa y quejábanse a su padre, diciéndole cómo su hijo Cristóbal quebrantaba sus ídolos y los de todos sus vasallos y las vasijas del vino con que a él lo echaba en vergüenza y a los suyos en pobreza por el gasto que de nuevo habían de hacer. Ayudaban a estos clamores y quejas una de sus principales mujeres, llamada Xuchipapalotzin, madre de uno de los otros tres niños llamado Bernardino, la cual deseaba que su hijo Bernardino heredase el señorío y cabecera (como después lo heredó); para este intento, y para incitar al padre contra el hijo se aprovechó del encarecimiento de estas quejas, ayudando a sentirlas a los vasallos y criados; y con esto atizaba el fuego que ya había prendido en el pecho del bárbaro y encrudelecido padre, porque para más encolerizarle le decía que por qué sufría el atrevimiento de aquel muchacho que a todos los traía desasosegados; y que pues eran muchos los ofendidos y uno solo el ofensor que muriese uno, porque tantos no pereciesen y anduviesen tristes y desconsolados; que lo desollase y matase, que ¿para qué quería tal hijo, que le escupía a las barbas y se le alzaba a mayores, aun en sus pocos y tiernos años? Bien se echan de ver los intentos de esta mala mujer, pues no en orden de bien común sino de interés proprio y cudicia particular del señorío para su hijo daba este consejo. De donde se sigue que interés y cudicia son malos consejeros. Oíalo el padre, y aunque sentía juntamente con todos el daño, no luego a los principios lo condeno por culpa, antes como padre aficionado lo disimuló y lo fue tolerando, como causado de hijo que mucho quería.

A todo esto el buen Cristóbal no cesaba de hacer su oficio de quebrantar o quemar los ídolos, y de quebrar las tinajas del hediondo vino por evitar en los suyos las ofensas que contra Dios cometían; pero como las mujeres cuando se determinan a poner en ejecución un mal propósito no cesan de atizar los medios necesarios para sus malos fines, como vemos en Herodías,

que por conservarse con el nombre de reina, y en la amistad del rey Herodes, no paró hasta ver en un plato la cabeza de San Juan; así esta inhumana mujer Xuchipapalotzin incitó tanto al idólatra Acxotecatl, que lo movió con persuasiones a matar al hijo que había engendrado. Determinado, pues, de matarle, para poner esta maldad en efecto, envió a llamar secretamente a sus hijos, que en aquella sazón estaban en la ciudad de Tlaxcalla, en el monasterio de los religiosos, diciéndoles que quería hacer cierta fiesta y quería celebrarla con toda su familia y gente. Obedecieron los muchachos, y llegados a casa llevólos el padre a unos aposentos en lo más interior de ella. Y habiendo hablado con todos y hecho demonstración de haberse alegrado con su venida, despidió disimuladamente a los tres más chicos y mandó a Cristóbal que se quedase con él a solas.

Pero como el caso era atroz y no quería Dios que se ocultase, sino que con saberse la constancia del cristiano niño se manifestase también la maldad inhumana del infiel padre, ordenó que uno de los tres menores y de los tres el mayor, llamado Luis, concibiese mal del caso; y ya porque le quería mucho o ya porque fuese común el caso, aunque los envió a jugar cosa muy ordinaria en semejantes edades, el niño Luis no acompañó a los dos hermanos, antes, con las sospechas que había concebido, salió fuera del aposento y puso cuidado en lo que podía suceder. Estando, pues, el muchacho Luis cuidadoso del secreto, oyó a cabo de rato la voz de su hermano, y pareciéndole que eran de dolor y aficción, y de hombre maltratado, subióse muy secreta y ligeramente a una azotea o terrado, y por una ventana de lo alto vio cómo el cruel padre tenía a su hijo Cristóbal por los cabellos y lo traía arrastrando por el suelo, dándole muchas y recias coces; y fue maravilla no acabarle con ellas, según tenía las fuerzas y era mucha la que ponía en darle, por ser hombre robusto y fuerte; pero como con esto no lo pudo matar, hecho ya verdugo de su propria sangre, olvidado del amor natural que no sólo los hombres sino las bestias brutas tienen a sus hijos, como encarnizado lobo, cebado en la sangre de un cordero, tomó un palo grueso de encina y como si fuera saca de lana para sacudirle el polvo, le dio con él por todo su cuerpo muchos y muy crueles golpes, hasta que le quebrantó y molió los brazos y piernas y las manos, con que defendía la cabeza cuando a ella los tiraba; pero como era niño de pocas fuerzas y él cruel bárbaro excedía en ellas, ningunas le bastaron para que todos no llegaran a descalabrarle y quebrarle los cascos; púsolo tal con tales golpes que de todo su cuerpo corría sangre. Todo esto pasaba a la vista y ojos del muchacho Luis que de lo alto de la ventana, con mucho recato, lo estaba mirando; y fue uno de los que después contaron esta historia; y Cristóbal, en lo bajo del calpul o sala, lo estaba padeciendo, pero aunque el cuerpo sentía los dolores del tormento, el alma y corazón fuertes en Dios; pudiendo decir con San Pablo: Todo lo puedo en aquel que me conforta; como sabía la causa justificada que defendía y la injusticia de su padre, vueltos los ojos al cielo, llamaba a Dios, que dice que está con el justo en la tribulación, y decía: Señor Dios mío, habed misericordia de mí; y añadía a estas palabras: Señor, si quieres que yo muera, muera yo; y si quieres

que viva, líbrame de la crueldad de este mi padre, sea como tú Señor, quisieres. Éstas son palabras de Cristo nuestro señor, que en la agonía del huerto dijo, hablando del cáliz de su pasión con su padre eterno, diciendo: Si posible es, pase de mí este cáliz de amargura; pero no se haga, Señor, como yo lo quiero, sino como tú: hágase vuestra santa voluntad. ¿Pues qué mucho que Cristóbal, instruido ya y enseñado en estas cosas se conforme en la agonía de la muerte con la voluntad de Dios y de su maestro Jesucristo? Estas palabras, que el niño Cristóbal decía, bien las oía su padre; pero ciego de la pasión de que le debía de tener, entonces el demonio, sañudo de tenerle por enemigo y contrario, no las atendía ni curaba de confundirse por ellas. Cansado, pues, ya de atormentar, con coces y palos, a su hijo, paróse a descansar, o por ventura le pareció que bastaba lo hecho; y según dicen, el muchacho, con todas sus heridas, se medio levantaba, e iba a salir, arrastrando, por la puerta afuera, que ya el padre, de cansado lo dejaba ir; pero como aquella cruel mujer, que pretendía su muerte, con la cudicia de la herencia de su hijo andaba deseándola, atajóle el paso, y púsose a la puerta para que no saliese, pareciéndole buena la ocasión para el cumplimiento de su intento; y así no lo dejó salir.

En esta sazón, la madre de Cristóbal, que estaba en aposentos algo más apartados y lejos, lo supo, o porque su hermano Luis se lo fue a decir o porque saliendo alguno al ruido y viendo lo que pasaba, le fue con las nuevas cómo su hijo estaba más muerto que vivo; y como gallina, que aunque ave temerosa ve acometer al pollo y hijo que cría, y que el gavilán o sacre le hinca las uñas para llevarle, se le opone, y con las alas y pico le defiende, así la desdichada madre, alentada con el amor del hijo que parió, posponiendo los temores que tan feroz enemigo pudo ponerle, vino desalada al favor de su hijo, y cuando llegó y lo vido tan lastimado y desfigurado, y tan cercano a la muerte, quiso tomarle en sus brazos y librarle de los inhumanos de el marido y llevárselo consigo; pero el indio cruel, que ya se vio sentido y descubierta su maldad con los gritos de la madre, añadiendo mal a mal y crueldad a crueldades, se lo estorbó y no consintió que lo sacase del aposento donde había comenzado aquel sacrificio. Viendo la madre la resistencia del padre y a su hijo bañado en sangre, quejándose de él, decía: Hombre cruel, ¿por qué me matas a mi hijo? ¿Cómo tuviste manos para tratar así a tu proprio hijo? Matarásme a mí primero y no viera yo tan cruelmente atormentado a un solo hijo que parí, ¿por qué lo has así tratado? Por ventura, ¿porque te aconsejaba como hijo a padre? Y tú haslo hecho con él como enemigo. Déjame llevar a mi hijo, y si quieres mátame a mí y déjalo a él, que es niño y hijo tuyo y mío, que yo parí.

La ira, cuando se apodera del corazón de un hombre, es tan cruel enemiga, que requema el pecho con pasión, enciéndese con enojo y abrásase con su mismo fuego; y por esto es tan dañoso, que dice Eurípides: el que precipitadamente da entrada a la ira, no puede conseguir buenos fines, porque jamás los tuvo buenos la embriaguez deste mal vicio, porque priva de seso a los sesudos, de concierto, a los muy concertados, de prudencia a los muy prudentes, y ningún tempestuoso y repentino turbión (según dice

Sócrates)[7] es de más peligro que un pecho arrebatado de ira, el cual, teniendo acesorias las cosas ajenas, las proprias no las respeta; porque como dice Platón,[8] encandilados los ojos de la razón con aquel súbito relámpago, ni distingue en lo justo e injusto, ni entre lo torpe y honesto, ni entre lo dañoso y provechoso. La ira, si se inflama vehementemente (dice Nacianceno),[9] derriba al hombre de la alteza y torre del juicio y razón, y lo anega en lo profundo de la turbación y desatino. Probanza muy bastante desta verdad es la que concibió en su pecho este bárbaro Acxotecatl, porque no contento con lo hecho y viendo a la mujer delante, embravecido como toro que desea sacudir de sus carnes las púas y lengüetas con que le han lastimado, arremetió a la inocente mujer que, como piadosa y lastimada madre, salió al balido de su corderillo, y asiéndola por los cabellos comenzó a arrastrarla y acocearla, sacando nuevas fuerzas de su infernal rabia para contra su mujer, hasta que de muy cansado la dejó; y, dando voces a los de su cámara, acudió gente, a los cuales mandó que se la quitasen de delante y llevasen a sus aposentos. La triste madre salió muy lastimada en el cuerpo y mucho más lastimado llevaba el corazón de dejar a su hijo en manos tan encarnizadas y tan cercano a la muerte, e iba llorando más los dolores de su hijo que los que sentía en sus carnes. Viendo el malvado padre que todavía el niño estaba con buen sentido, aunque muy atormentado y llagado, mandólo echar en un gran fuego de muy encendidas brasas de cortezas de encina secas (porque en ellas está el fuego muy intenso y dura mucho); en este fuego lo revolvió ya de pechos, ya de espaldas, dándole en aquellas brasas una calda, como en otro tiempo se la dieron otros infieles al glorioso mártir San Lorenzo. A todo esto, siempre llamaba el niño a Dios que le ayudase; y es cosa muy cierta que estaba allí en su ayuda, porque a no ser así, ni bastaran fuerzas humanas para sufrir tanto tormento, ni sufrimiento hubiera para llevar en paciencia tantos dolores. Y bien pienso yo que en esta ocasión quiso hacer Dios alguna demonstración del mucho e infinito poder que tiene, acrecentando a fuerzas tan tiernas un ánimo desmedido para sufrir lo que cuerpos muy robustos no sufren; que de ser el padrino Dios, en semejantes casos, vemos que niños muy pequeños han ultrajado y menospreciado a hombres de muchos años. Como leemos de San Justo y San Pastor y otros semejantes. Y como la causa era de Dios, pues era la predicación de su nombre y la reprehensión del vicio de la embriaguez, el mismo Dios que capitanea los ejércitos de los mártires animaba con voces interiores el corazón de su soldado y niño Cristóbal, y con esto lo fortalecía venciendo con paciencia y sufrimiento las fuerzas que en muchas guerras no fueron vencidas.

Pero viendo el mal padre que en tan riguroso fuego no se acababa la vida del niño, mandólo sacar dél; al cual sacaron ya casi muerto y dicen que lo quiso acabar con hierro, y salió en busca de una espada que tenía de Castilla (que debiera de haber quitado a algún español), y de muy escondida y guardada no la halló; con esto se tardó y medio descuidó de volver

[7] Plut. in mor. lib. desera Numinis vindi.
[8] Plat. lib. 8 de Sanctitate.
[9] Nacian. lib. de calam-animae suae.

a los tormentos del hijo. Con esta ausencia y tardanza hubo lugar para que algún indio, o india de casa, que se compadeció dél y lo quería bien, tomase en sus brazos al mozo y lo sacase de allí, y puesto en lugar seguro, envolviéronlo en unas mantas que ellos usan como sabanillas. Esto era a punto de media noche, habiendo durado lo dicho por algunas horas, y lo que restó de la noche estuvo el niño padeciendo con mucha paciencia el desmedido dolor que el fuego y las heridas le causaban, encomendándose a Dios y llamándole siempre, aunque con voz baja y desmayada. Vino la mañana y pidió el niño que le llamasen a su padre, que quería verle y hablarle. A mí me parece que no quiso Dios que este bendito mozo muriese aquella noche en los tormentos, para dar a entender a aquella bárbara e infiel gente cómo los que mueren por su amor no llevan ningún rencor contra aquellos que los matan y ofenden; porque si no es con luz de fe no es materia esta que la entienden bien los que no la tienen. Ésta es enseñanza del mismo Dios, hecho hombre, el cual estando en la cruz lo enseñó, diciendo a su Padre eterno: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen. Y si el corazón y pecho sacrosanto de Jesucristo estuviera revestido de algún rencor, no sólo no rogara por su perdón, pero aun pidiera venganza contra sus enemigos, cosa ajena de lo que Dios quiere; pues uno de los mandamientos de su santa y justificada ley, es mandar perdonar a los enemigos y que nos hacen mal; y así San Esteban, primer seguidor deste legislador soberano, por camino de martirio, en medio de las piedras que sus atormentadores le arrojaban, abriéndosele los cielos y viendo la gloria de Dios y a Jesucristo su maestro en medio de ella, pide misericordia para los que le matan. De manera que esta condición de los que mueren por Dios, de no tener enojo ni pasión contra los que los matan, no la entienden los que no conocen a Dios. Y porque estos bárbaros indios se verificasen della, quiso Dios que el niño Cristóbal no muriese hasta después de haber hablado a su padre; el cual, habiendo aplacado el furor de su ira con el discurso de tiempo y horas que habían pasado, vino a ver a su hijo, por ver lo que le quería, si ya no es que vino arrepentido del hecho por dar orden en su remedio.

Viendo el niño a su padre le habló de esta manera: ¡Oh!, padre mío, no pienses que estoy enojado contra ti por haberme puesto de la manera que estoy, no estoy sino muy alegre, y sábete que me has hecho más merced y me has dado más honra que si heredera tu señorío. Vuelve padre en ti y toma la doctrina que te he enseñado. Y amonestándole a la enmienda de la vida, como siempre solía, pidió de beber; diéronle un vaso de cacao (que es una bebida fesca) y en bebiéndolo, luego llamando a Dios le encomendó su espíritu y lo puso en sus manos, acabando esta vida gloriosamente. Muerto el niño mandó su padre que lo enterrasen en un rincón de un aposento; y puso mucho temor a la gente de su casa, mandándoles a todos, con graves penas y amenazas, que no descubriesen lo que había pasado, y más particularmente encargó este secreto a los otros tres hermanos que se enseñaban en el monasterio, amenazándolos que los mataría con mayores tormentos si alguna palabra tocante a esto saliese de su boca.

Todo esto pasó el año de mil y quinientos y veinte y siete; y aunque hay otras cosas que diremos después, que pasaron antes désta, me pareció ponerla en este lugar por acudir después a las cosas de los sacramentos por junto y no desmembrar las materias.

CAPÍTULO XXXI. *Del castigo que se hizo en este señor, llamado Acxotecatl, por la muerte que dio a su hijo Cristóbal y por haber muerto a su mujer, madre de este niño*

N ABISMO (dice el psalmista)[1] llama otro abismo y un mal a otro, y así parece que un pecado es principio y puerta para otro, cuando por el sacramento de la penitencia no es purgado, como lo dice el santísimo doctor San Gregorio.[2] Esto vemos haberle acaecido a este perverso hombre, llamado Acxotecatl, que no contento con haber muerto a su hijo heredero, quiso añadir maldad a maldad haciendo matar también a la madre del niño inocente, y mujer suya. Esto sucedió de esta manera: Temiendo este idólatra gentil que la madre que no tenía otro hijo que a Cristóbal difunto, con el sentimiento de verse sola había de descubrirlo, y no queriendo más ruido en su casa, llamó a ciertos criados suyos y mandóles que la llevasen a una estancia o aldea de sus mismos vasallos, llamada Quimichuca, cuatro leguas de su casa; y a los que la llevaron les mandó que la matasen y enterrasen secretamente y sin ruido; y así lo cumplieron aquellos ministros de maldad, pero no se supo qué género de muerte le dieron; y viniéndole las nuevas de lo hecho quedó más quieto, pareciéndole que aquél era el camino seguro con que quedaba sepultada y cubierta su maldad.

Locura grande (y una de las mayores en que incurre el hombre cuando peca y hace mal) es pensar que no se ha de saber su culpa; y lo más ordinario suele ser haber ofendido a Dios en sercreto y salir después la culpa a pública plaza y aun revestida del hábito y caperuza de la misericordia, cuando por ella le sacan a ahorcar y hacer justicia de su persona. Ésta es la pena que dijo Dios a Caín que tendría si pecase. Por ventura (le dice) si obrares bien ¿no recibirás bien por ello? Pero si obras mal y cometes pecados, luego al punto saldrán a publicarse a las puertas de tu casa. Esto es porque la conciencia que se halla cargada, siempre trae miedo de sus delitos, y por donde piensa encubrillos por allí los manifiesta; pues la culpa que cometió en lo más escondido, al punto sale a dar un pregón a la plaza. ¿Qué es esto, que todo se sabe? Porque es ley divina y palabra de Dios que dice:[3] No hay cosa secreta que no se descubra, ni ninguna tan oculta que no se sepa, porque el mismo pecado lo descubre.[4] La otra adúltera

[1] Psal. 41.
[2] Div. Gregor. in quada homil.
[3] Math. 10.
[4] Ioan. 8.